

LAS ALAS Y EL NIÑO: AMOR Y DIDÁCTICA EN E. NESBIT

M. DORAO

Universidad de Cádiz

*J'eus toujours de l'amour
pour les choses ailées
(Victor Hugo, Les rayons et
les ombres, 1840)*

Wings and the Child, *Las alas y el niño*, es un libro que, en el conjunto de la obra de E. Nesbit, aparece casi como una isla. No tiene demasiada relación con el resto de su obra en el sentido de que no es ni un libro de aventuras de niños ni de cuentos maravillosos, sus dos grandes temas, pero no deja de tener su razón de ser, porque en este libro vierte la escritora sus dos grandes sentimientos impulsores: su amor por los niños y su afán de enseñarles.

¿Para qué sirven las alas? ¿Para qué pueden servirle las alas a un niño? ¿Para huir de las miserias terrenales y soltarle cuerda a la fantasía? ¿Para buscar, desde lo alto, una visión más completa del mundo? Posiblemente, para las dos cosas. Lo cierto es que el placer de volar es un común denominador en una gran cantidad de cuentos de fantasía, desde el Tapiz Volador de las Mil y Una Noches, hasta el pato salvaje que Selma Lagerlof decidió que transportase a Nils Holgersson por encima de Suecia, pasando por las lecciones de vuelo que Peter Pan les dió a Wendy y a sus hermanos antes de llevárselos a la isla de Nunca- Jamás en la deliciosa obra de J. M. Barrie.⁽¹⁾

E. Nesbit no quiere sustraerse a esa magia y en sus libros aparecen numerosas aventuras relacionadas con vuelos: en «*The Phoenix and the Carpet*» nos presenta una alfombra que, aunque comprada de segunda mano en Kentish Town Road, parece de la más pura estirpe persa y lleva a los niños por el aire:

(1) BARRIE, J.M., *Peter Pan & Wendy*, London, Hodder & Stoughton, 1933.

... they were floating steadily, safely
splendidly, in the crisp clear air, with
the pale bright blue of the sky above them,
and far down below the pale sun-diamonded
waves of the sea.⁽²⁾

En otro de sus cuentos aparece un simpático hipogrifo, que no es sino la reencarnación del caballo de cartón que era el juguete preferido del príncipe:

... with a long, white mane, and a long, long
white tail and great wings like swan's wings.⁽³⁾

y que soluciona muchas cosas transportando a su joven amo a través del espacio.

En «Five Children and It» hay un capítulo llamado precisamente «Wings», en que los pequeños protagonistas se hacen amigos de un animal maravilloso que les concede los deseos que le piden: uno de estos deseos es tener alas y poder usarlas. La autora describe tan gráficamente la sensación de los niños al notar que les brotan unos apéndices en la espalda, y comprobar que pueden levantarse del suelo, que el lector llega a la conclusión de que ella, la autora, debe de haber sido pájaro alguna vez:

All the words in the English Dictionary;
and in the Greek Lexikon as well, are, I
find, of no use at all to tell you
exactly what it feels like to be flying.

En 1912 se celebró en el Olimpia de Londres una exposición, Children's Welfare Exhibition, a la que E. Nesbit fue invitada como participante, quizás porque acababa de publicar un libro que presentaba la característica de resucitar uno de los juegos favoritos de la autora cuando niña: la construcción de ciudades de fantasía.⁽⁴⁾

La exposición del Olimpia fue un éxito, y E. Nesbit se divirtió muchísimo construyendo maquetas de ciudades maravillosas, según le escribe a su hermano Harry, que ya entonces vivía en Australia.⁽⁵⁾

... the bit of the city that I have built
looks jolly nice... the tables in which
the city will be built will be about 18
feet x 8 so you see it's no light job to

(2) NESBIT, E., *The Phoenix and the Carpet*, London, T. Fisher Unwin, 1904.

(3) NESBIT, E., *The Book of Beasts* (From «The Last of the Dragons»), London, Penguin, 1975.

(4) «The Magic City» y «The Town in the Library» tienen cierta conexión con «Wings and the Child» porque en los dos cuentos se construyen ciudades de fantasía con cosas corrientes, pero, aparte de esto, son tres libros completamente diferentes.

(5) LANGLEY MOORE, Doris, *E. Nesbit, a Biography*, London, E. Benn, 1966.- En la página 275 se cita esta carta.

cover all that space with towers and bridges
and palaces and gardens, all made of common
objects of the home, such as biscuit tins and
bowls and chessmen and draughts and tea-ket-
tle lids...

Además de tener miles de visitantes, entre ellos la reina Alejandra y otros miembros de la familia real, se vendieron muchos ejemplares de su recién publicado libro.

Fue después de la Exposición, y en parte a consecuencia de ella, cuando escribió «Wings and the Child», que, en realidad, sólo se proponía, en un principio, ser un libro de instrucciones sobre cómo construir ciudades maravillosas. Según cuenta ella misma en el libro, fueron los niños que habían leído «The Magic City»⁽⁶⁾ y los maestros que visitaron la Exposición los que le pidieron tan insistentemente normas para construir ciudades maravillosas, que se sintió obligada a complacerles.

Pero si el principal objetivo del libro fue ése, y, desde luego, puede considerarse cumplido, no fue el único. Aunque está presentado de una forma un tanto anárquica, el doble título sugiere un doble tema, que está, más o menos, diferenciado en las dos partes en que se divide el libro. La autora no ha sabido, o quizás no ha querido, separar totalmente los dos temas, que se van entrelazando a lo largo de todo el libro, tal vez porque pensaba que estaban íntimamente ligados.

La primera parte puede considerarse un compendio de las ideas de E. Nesbit sobre psicología infantil. Los mismos títulos de los capítulos son reveladores:

- I.- Comprensión
- II.- Nuevas formas
- III.- Cosas para jugar
- IV.- Imaginación
- V.- Raíces
- VI.- Belleza y conocimiento
- VII.- Sobre la construcción y otros asuntos
- VIII.- Código moral
- IX.- Elogio y castigo
- X.- Lo único necesario

El capítulo VII es el único que se despega un poco de los demás, y parece pertenecer a la segunda parte del libro, de carácter más práctico.

En el primer capítulo, donde nos da la clave de su conocimiento del mundo de los niños, empieza diciendo que no pretende tener ningún conocimiento especial sobre

(6) «The Magic City» tiene la particularidad de ser, a la vez, un cuento de niños y un cuento de fantasía. En esto se basó Dennis Lee Armstrong, de la Universidad Johns Hopkins, de Estados Unidos, para hacer su Tesis Doctoral titulada «E. Nesbit: an Entrance to the Magic City».

ellos porque todo lo que sabe lo basa en su propia experiencia, es decir, en su memoria. Su memoria es, en este sentido, «persistente y duradera»,⁽⁷⁾ y siempre tuvo conciencia de la importancia de este sentimiento, como lo demuestran estas palabras del prefacio de los relatos de su infancia:

When I was a child I used to pray fervently,
tearfully, that when I should be grown up
I might never forget what I thought and felt
and suffered then.⁽⁸⁾

Y eso es lo que le hace describir tan bien los deseos, los temores, las dudas, la felicidad, y la desolación de sus pequeños personajes. Doris Langley Moore⁽⁹⁾ señala que, en sus dos libros completos de niños, «The Wonderful Garden» y «Wet Magic», hay pasajes descriptivos que confieren sensaciones casi de contacto físico con las realidades infantiles:

There are phrases that shine like lamps
upon forgotten treasures, and shine, too,
without any hint of vanity. Not a word
suggests the conscious cleverness of an
author showing how much he remembers and
how skilfully he can set it down.

Ella misma admite, sin embargo, que no todos los que conservan esta memoria saben utilizarla:

So that even the few who have managed
to slip past the Custom-house with their
bundle of memories intact can never fully
display them.⁽¹⁰⁾

sin pararse a pensar que también a ella le falta a veces, como cuando se empeñaba en vestir a su hija Iris, de tres años, al estilo de los dibujos de Kate Greenaway:⁽¹¹⁾

I dress Iris in a kind of loose gown now
– it comes a little below her knees and she
looks so aesthetic and pretty in it.⁽¹²⁾

(7) NESBIT, E., *Long Ago when I was Young*, London, Whiting and Wheaton, 1966, pg. 15.

(8) *op. cit.*, pg. 16.

(9) LANGLEY MOORE, Doris, *op. cit.* pgs. 277 y 278.

(10) NESBIT, E., *Wings and the Child*, London, Hodder & Stoughton, 1913, pg. 5.

(11) «The designs for children's dresses, as shown in the books of Kate Greenaway, had already, to some extent, prepared the way; and soon it became very much the mode among artistic people and their imitators to wear a Liberty gown». – Adburgham, Alison, *Liberty's Biography of a Shop*, London, George Allen & Unwin Ltd., 1975, pg. 51.

El adjetivo «aesthetic» fue, durante sus años de fabianista, uno de sus favoritos: todo lo nuevo era «aesthetic», y, por tanto, atractivo. Ella misma, rompiendo con la moda imperante del corsé y la cintura de avispa, iba siempre vestida con lo que dió en llamarse «socialist gown», que consistía en un traje de cintura suelta. Y como a ella le gustaba, se encontraba cómoda con esa moda, y no le importaba absolutamente nada la opinión de los demás, se la impuso a sus hijas, que se morían de vergüenza en el colegio viéndose tan distintas de las demás niñas.

En realidad, lo que ella llama «memoria» puede que no fuera más que una especial disposición de su carácter, que Doris Langley Moore nos presenta como bastante infantil:

She had all the caprices, the little petulances,
the sulks, the jealousies, the intolerances, the
selfishness of a child; and with them went a
child's freshness of vision, hunger for adventure,
remorse for unkindness, quick sensibility, and
reckless generosity.

O sea, que no era sólo que se acordase de cuando era una niña, sino que nunca, en realidad, había dejado de serlo.

Pero tan firmemente cree E. Nesbit en la importancia de la memoria, que divide a las personas mayores (puesto que para un niño el mundo se divide en «ellos» y «nosotros») en dos grandes grupos: los que todavía recuerdan y los que ya han olvidado. Estos últimos son intransigentes, pesimistas, se enfadan por cualquier cosa, riñen por todo, no comprenden nada... mientras que los otros tienen siempre el corazón abierto a la sorpresa:

... such people as these are never pessimists,
though they may be sinners.⁽¹³⁾

y su alma está siempre dispuesta a la confianza, casi rozando con lo que las personas mayores llaman estupidez, y el mundo será siempre para ellos un lugar hermoso. Se pasarán la vida entregando amor y esperando recibir amor a cambio, y poniéndose desesperadamente tristes cuando no sucede así: ¿no está E. Nesbit haciendo un retrato de sí misma?

Por eso, para ella, los únicos seres que debieran estar autorizados para la enseñanza son aquellos que nunca olvidaron. A ellos va dedicado el libro con una emotiva dedicatoria, y a ellos se refiere en la página ocho cuando vuelve a hacer una división: los que, habiendo recibido el divino don de la palabra, lo han utilizado, (Andersen,

(12) LANGLEY MOORE, Doris, op. cit., pg. 114.

(13) *Wings and the Child*, pg. 6.

R.L. Stevenson, Juliana Ewing, etc...) y son universalmente admirados por los cuentos que escribieron, y los que, sin ese don, han sabido hacerse entender por los niños; y les han entendido: los maestros (Froebel, Pestalozzi, María Montessori... y tantos otros cuyos nombres son menos conocidos).

En el capítulo III, hablando de nuevas y más eficaces maneras de tratar a los niños, nos da su definición de educación:

Education, as it should be, is the unfolding
of a flower, not the distortion of it.

y más adelante, en la página 191, comenta con cierta tristeza:

Schools are intended to educate and they
merely instruct.

ya que, para ella, el objeto de la educación es preparar al niño para que cumpla su cometido de elemento social:

... the duties of a citizen should he taught
at school.

Es curioso que dedique este libro a los maestros, ella, que guarda un recuerdo tan malo de sus días de colegio. Según Noël Streatfeild⁽¹⁴⁾ el fallo estaba en que ninguno de los colegios donde estuvo E. Nesbit de pequeña (el internado de Brighton, el de Stanford, el convento de Dinan y el colegio de Alemania) era el apropiado para aquella niña excepcionalmente sensible y nerviosa.

Poco antes de haber ido al colegio le ocurrió algo que seguramente contribuyó a predisponerla en contra. Doris Langley Moore cuenta en su biografía de E. Nesbit cómo sus hermanos (que, aunque mayores que ella siempre la dejaban participar de sus aventuras) decidieron escaparse de casa antes que volver al internado. Ella, que todavía no había ido nunca al colegio, no dudó en acompañarles en su huída, y si ésta no llegó a consumarse fue porque el mantel donde habían colocado sus provisiones y sus pertenencias indispensables, pesaba demasiado para llevarlo, atado por los cuatro picos, y ellos no estaban dispuestos a prescindir de nada de lo que habían puesto en él.

Quizás la clave de su animadversión a los colegios nos la dé ella misma al principio de su encantadora autobiografía:⁽¹⁵⁾

When I was small and teachable my mother
was compelled to much travel and change
of scene by the illness of my elder sister;
and as she liked to have me more or less

(14) STREATFEILD, Noël, preface to *Long Ago when I was Young*.

(15) *ibid.* pg. 28.

within reach, I changed school as a place
hunter changes his politics.

Cuando entró en el primer colegio, en Brighton, tenía siete años y no recuerda nada de las clases, sólo de los juegos, y de lo mal que la trataban las demás niñas, hasta que un misericordioso sarampión la hizo volver a casa.

El segundo colegio era de los llamados «dame schools», que Ivor Morrish⁽¹⁶⁾ sitúa en los tiempos de Shakespeare. Nunca fueron demasiado bien consideradas: el historiador Trevelyan las trata despectivamente,⁽¹⁷⁾ y William Shenstone las acabó de desacreditar con unas aleluyas que aparecieron en una de sus obras más populares.⁽¹⁸⁾

Y, sin embargo, no es de este colegio de Stanford de donde guarda peores recuerdos. Por lo menos, de su directora, «mi adorada Miss Fairfield», dice que era alta, pálida y morena, tan buena y tan bonita como un ángel. Pero, aunque tampoco fue totalmente feliz allí («I have never seen, or wished to see Stanford again»), en su cuento «Fortunatus Rex» presenta una escuela muy parecida, cuya directora, Miss Fitzroy Robinson, bien podría ser una personificación, deformada por la distancia y el tiempo, de Miss Fairfield.

En Dinan, Francia, estuvo dos veces: la primera, en un colegio equivalente a las «dame schools», dirigido por Mademoiselle Fauchet, de donde se escapó, y la segunda en un convento de monjas ursulinas donde no debió de pasarlo del todo mal, a juzgar por las cartas que escribía a su madre desde allí. En una de ellas le pide permiso para hacerse católica, y le habla, en un tono que parece la reproducción de un sermón dominical, del milagro de la Transubstanciación. Su madre hizo bien en no tomar nada de esto en serio, ya que durante el resto de su vida no dejó traslucir preocupación alguna en lo referente a ninguna religión definida.

Aunque ninguno de sus biógrafos lo menciona, es de suponer que los padres de E. Nesbit fueran anglicanos, y si su madre la puso interna en un convento católico de monjas, fué porque en aquel momento y en aquel lugar no encontró nada mejor.

El primer matrimonio de E. Nesbit fue civil, pero el segundo se celebró en la iglesia católica de San Pedro, de Woolwich, y, sin embargo, aunque no se sabe a qué iglesia pertenecía su segundo marido, si es conocido que Hubert Bland, su primer marido, era católico, aunque no practicante. Doris Langley Moore, en su biografía de E. Nesbit, cita unas palabras de Cecil Chesterton, hermano del célebre escritor, G.K., como oración fúnebre por Hubert Bland:

He was a Catholic because he felt that
if one were to have a religion, it must

(16) MORRISH, Ivor, *Education since 1800*, London, George, Allen & Unwin, 1970.

(17) TREVELYAN, G.M., *English Social History*, London, Longman, Green & Co., 1946.

(18) SHENSTONE, William, *The School-Mistress, an Imitation of Spenser*, from «The Late Augustans», edited and with an Introduction by Donald Davies, London, Heinemann, 1965, 2nd. edition.

be a religion at once traditional and
dogmatic.

E. Nesbit adoptó la religión de su marido igual que asumió sus ideas políticas; aunque leal al dogma, fue bastante irregular en sus prácticas, y nunca quiso ejercer la menor influencia, en este sentido, sobre sus hijos. Sin embargo, fue siempre una persona religiosa en el sentido básico y primitivo de la palabra, como veremos más adelante en otro de los capítulos de «Wings and the Child».

El último colegio, y del que guarda peor recuerdo, fue el de Alemania, cerca de donde estaban sus hermanos y de donde intentó escaparse tres veces. Su estancia en Alemania terminó con el estallido de la guerra francoprusiana, en 1870.

El capítulo III de «Wings and the Child» se llama «Playthings», que no significa solamente «juguetes», sino, en un sentido más amplio, «cosas para jugar». E. Nesbit mantiene la teoría, que comparte con Froebel,⁽¹⁹⁾ y en el fondo hasta con Rousseau, de que es muy importante estimular la creatividad del niño⁽²⁰⁾ y para esto no hay nada mejor que dejarle jugar libremente.⁽²¹⁾ Según Froebel; en todo niño hay un instinto que le lleva a disfrazarse⁽²²⁾ para crear un ALGUIEN, o a agrupar cajas de cartón y botes, como un tren, para crear un ALGO.

E. Nesbit se muestra siempre en contra de los juguetes complicados, los «Juguetes-máquina» que no pueden hacer nada más que aquello para lo que fueron fabricados, de las muñecas que sólo son lo que representan (Character Dolls), y está a favor de la inexpresiva muñeca de trapo, que se puede abrazar, besar, aplastar, mojar y secar, y que, llegado el momento, lo mismo puede ser Caperucita Roja que Juana de Arco.

A lo largo de toda su obra vemos como sus personajes, altamente creativos todos ellos, le saben sacar partido a todo lo que tienen alrededor, sean juguetes o no, y juegan con cualquier cosa: como Rosamunda y Fabián, que hicieron una ciudad con los libros de la biblioteca, o como los hermanos Bastable, que se vistieron de peregrinos de Canterbury con los sombreros de paja de la playa y prendieron escarapelas de papel en los bastones como si fueran conchas de peregrino,⁽²³⁾ y convirtieron la rejilla de una

(19) FROEBEL, F., *The Education of Man*, Appleton & Co., 1906. (Tr. by W.N. Hallmann).

(20) Ivor Morrish menciona en su libro (q.v.) que, en el siglo XIX se llegó a implantar en Inglaterra el sistema SLOYD del finlandés Uno Cygnaeus (1810-1888), discípulo de Froebel, que se basaba en estimular la creatividad del niño por medio de un cuchillo, tallando o cortando, (la palabra finlandesa «solyd» tiene un significado parecido a la inglesa «slice») haciéndole ver que ese instrumento lo mismo puede servir para crear que para destruir.

(21) Según María Montessori es en sus juegos donde los niños expresan mejor su creatividad (citado por Ivor Morrish, pg. 217).

(22) «Para un niño, disfrazarse es teatro, es ponerse en el pellejo de otro, tomar parte en algo, inventarse una vida, descubrir nuevos gestos.»- (Rodari, Gianni, *Gramática de la fantasía*, Barcelona, Reforma de la escuela, 1979, pg. 27).

(23) «The Wouldbegoods», pg. 227.

chimenea en los barrotes de una mazmorra, esparciendo por el suelo, convenientemente desmenuzadas, las cubiertas de paja de las botellas de vino que le regalaron a papá en Navidad.⁽²⁴⁾

Si partimos de la definición de E. Nesbit: «Un juguete es todo lo que le sirve a un niño para jugar»,⁽²⁵⁾ entonces, para sus personajes, el mundo entero está lleno de juguetes.

En este capítulo entronca perfectamente el siguiente que se llama «Imaginación», aunque aquí la autora se dedica principalmente a la comparación del mundo de las hadas con el no menos asombroso de las ciencias naturales, la geografía, y la religión. En realidad, para la mente virgen del niño todas estas maravillas están al mismo nivel.

Los niños aceptan los milagros como la cosa más natural del mundo, y las maravillas de la naturaleza, también. Si en la Patagonia viven hombres de estatura superior a la normal ¿por qué no pueden vivir hombres pequeñitos en las corolas de las flores? Si la electricidad puede moverse, invisible, a través del aire ¿por qué no va a poder volar una alfombra?

Según E. Nesbit, la mente del niño almacena indiscriminadamente todo lo que considera maravilloso, sea real o no: con el tiempo, la vida le enseñará a discriminar. El contacto con las personas mayores, que ya han perdido el poder de apreciar lo maravilloso, y «aplastan las alas de las mariposas de la imaginación», les obliga a reconsiderar su tabla de valores para adaptarla a la de los otros: el amor es irreal, un espejo es real; las piedras son reales, los sueños, no, etc... Pero ¿quién marca la frontera entre lo real y lo irreal... si es que existe esa frontera? Según Luda Schnitzer⁽²⁶⁾ el cuento está, como los sueños, hecho de los recuerdos y de las preocupaciones de todos los días, y Bruno Bettelheim⁽²⁷⁾ admite que las fantasías del niño están basadas en la observación, más o menos acertada, de la vida diaria.

El problema, según E. Nesbit, empieza con la enseñanza de la religión: lo que en los cuentos de hadas es fantasía, en religión se llama revelación, y en los dos casos, a fin de cuentas, para la mente humana, es MISTERIO. A un niño a quien se le ha dicho que las hadas no existen ¿cómo se le va hacer creer en los ángeles? Si Pulgarcito y el Ogro son mentira ¿por qué no va a serlo también la historia de David y Goliat?

En la época de las cazas de brujas hubo que establecer una frontera clara entre lo diabólico y lo maravilloso ya que la Iglesia estaba abiertamente en contra de las brujas, pero ¿estaba también en contra de las hadas? ¿Son dos mundos –hadas y ángeles– que se contraponen y se destruyen, o que pueden existir como potencias paralelas?⁽²⁸⁾

(24) «The Treasure Seekers», pg. 78.

(25) «Wings and the Child», pg. 23.

(26) SCHNITZER, Luda, *Ce que disent les contes*, París, Editions du Sorbier, 1981, pg. 8.

(27) BETTELHEIM, Bruno, *The Uses of Enchantment*, London, Penguin, 1978, pg. 61.

(28) Robert Kirk, un clérigo escocés del siglo XVII (mencionado por Marlon Lochhead en su libro «Renaissance of Wonder», pg. 45) consideraba que creer en las hadas era como una medida preventiva contra el

El capítulo V, que se llama «Raíces» (On Taking Root) podría pensarse que no viene a cuento porque en realidad no tiene gran cosa que ver con psicología infantil, poco con educación y nada con la construcción de ciudades de juguete. Pero es una pieza clave para conocer la personalidad de E. Nesbit.

Los recuerdos de su infancia empiezan hablándonos de viajes⁽²⁹⁾ y ese continuo cambiar de casas y de cosas, ese pasar de un colegio a un hotel rodeada de objetos impersonales debe de ser lo que le hace decir que el que vive toda su vida en la misma casa, y cultiva sus flores en el mismo jardín, adquiere para siempre una solidez de carácter, una serena confianza en sí mismo, difícil de superar:

... to plant a tree and know that if you live
and tend it, you will gather fruit from it...

En Julio de 1868 toda la familia se establece en Dinan, Bretaña, y éste es el primer hogar estable que conoce E. Nesbit, que entonces tenía 12 años y que lo describe con auténtico entusiasmo:

The house itself was an ordinary whitewashed,
slat roofed, French country house, with an
immense walled fruit garden on the other side
of it. There never was such another garden,
there never, never, will be!⁽³⁰⁾

Visto fríamente, el jardín no debía de tener nada de particular. Era un tanto salvaje, lleno de árboles frutales, con un huerto en donde se mezclaban en deliciosa confusión flores y hortalizas, y al fondo había establos y graneros, y cocheras vacías. La imaginación de la niña se desbordaba: ¡qué sitio para jugar los días de lluvia! Pero lo principal de todo es que es SU casa, donde está con SU familia, SU madre, SUS hermanas, y SUS hermanos: aquellos hermanos ocurrentes y divertidos, siempre dispuestos a la aventura, siempre generosos para compartirla con ella.

Había encontrado sus raíces. Tenía a su alrededor todo lo que representaba su vida y su felicidad:

The small material objects that surround
one's daily life have always influenced me

escepticismo. El consideraba que las hadas eran seres intermedios entre hombres y ángeles («fares... of a middle nature between men and angels») y su influencia era tenida por beneficiosa por el Obispo Richard Corbet, que en su poema «Farewell Rewards and Fairies» se lamentaba de que, después de la Reforma, las hadas hubieran desaparecido de Inglaterra, ya que, según él, eran «loyal to the Catholic Church».

(29) ... my mother was compelled to much travel and change of scene by the illness of my elder sister.- «Long Ago..», pg. 29.

deeply. Even as a child I found that in a familiar entourage one could be contentèd, if not happy; but hotels and boarding houses and lodgings have always bored me to extinction.⁽³¹⁾

La escritora se confiesa un tanto felina en el amor a las cosas de todos los días. Quiere encontrar, como los gatos, todos los días, su almohadón, su cazuelita con agua, su mundo, en el sitio de costumbre; y además mantiene que, por lo general, a los niños no les gustan los cambios:

It is a mistake to suppose that children are naturally fond of changes.⁽³²⁾

A los niños, como a los gatos, les gusta volver a SU casa, jugar con SUS juguetes, y leer SUS libros. Y ese amor de los niños por lo suyo debe ser siempre respetado.

En uno de sus libros⁽³³⁾ nos presenta a una familia de clase media que vive bastante bien. Los tres niños tienen la suerte de que no les falte de nada: vestidos bonitos, buen fuego en la chimenea, un precioso cuarto de jugar con muchísimos juguetes, una niñera encantadora, un perro que se llama James y es de ellos... lo tienen todo para ser felices. Hasta que, por diversas circunstancias, tienen que irse de Londres a vivir en el campo, y empezar una vida nueva. ¡Y tienen que dejar sus cosas! Los niños del cuento encuentran espantoso eso de no podérselo llevar TODO: sólo se les autoriza a que se lleven las cosas útiles. La desesperación de los pequeños personajes se ve reflejada en las palabras de uno de ellos:

... when all the ugly useful things had been packed up...

El mayor de los niños intenta hacerse el valiente y asegura que le encantan las mudanzas, y la madre saca fuerzas de flaqueza para tratar de sonreír y convencerles de que lo van a pasar estupendamente en una casita que ha encontrado en el campo... pero detrás de todo esto sigue latente el drama, que no es solamente la pérdida de la fortuna y la prisión del padre, sino, sobre todo, sus consecuencias: el desarraigo.

Durante toda su vida acusó el golpe de su infancia itinerante, y en su obra se refleja de una manera desgarradora: en su obra póstuma, «Five of Us and Madeline» vuelve a darse el mismo caso que en «The Railway Children»: un padre que pierde la fortuna⁽³⁴⁾ y unos niños que tienen que irse a vivir a otra casa.

(30) Long ago...pg. 94.

(31) *ibid.*, pg. 95.

(32) *Wings...*, pg. 29.

(33) «The Railway Children», pg. 10.

(34) Este tema se repite en varios de sus libros. En la vida real fue su marido el que quedó sin dinero de la noche a la mañana, y ella tuvo que sacar adelante la familia. Hablaba con conocimiento de causa.

En su vida adulta, E. Nesbit procuró evitar este desarraigo, y, aunque sus cambios de casa fueron frecuentes, ella trató de ir siempre, como los caracoles, con el hogar a cuestas: Lewisham, Deptford, Halstead, Dymchurch, Well Hall... hasta la humilde casita de Jesson St. Mary's («the boat», la llamó, como si se estuviera preparando para su último viaje) fueron siempre verdaderos hogares. Siempre tenían amigos invitados, y todo el mundo se encontraba a gusto allí.⁽³⁵⁾

En los capítulos VIII (Moral Code) y IX (Praise and Punishment) es donde más se aprecia hasta qué punto conoce a los niños. En el capítulo VIII habla de la hipocresía de las personas mayores que establecen un código para ellos y otro para los niños. Según este código, un niño que repetidamente se muerda las uñas es considerado desobediente, y, por lo tanto, malo, pero un adulto que gane un montón de dinero estafando a los pobres con la excusa de que «si no lo hace él, otro lo hará», puede seguir con una buena reputación.

El capítulo X, último de la primera parte, E. Nesbit se nos aparece como una persona profundamente religiosa, hasta el punto de acusar de materialista a la enseñanza que reciben los niños en las escuelas, porque no se les explica bastante la importancia de Dios:

It is not explained to them that man's life
and the will of God are like a poem— God
writes a line and man must make the next
line rhyme to it.

Y termina este capítulo, con lo que se acaba también la primera parte del libro, asegurando que una educación que le enseñe al ser humano todo menos vivir en la gloria de Dios y al servicio del hombre, no es educación, sino solamente instrucción, y sus frutos serán, no del árbol de la Vida sino del árbol de la Muerte.

La segunda parte es esencialmente práctica, pero el hecho de que el penúltimo capítulo esté dedicado a la «ciudad» del niño pobre demuestra hasta qué punto se sentía la autora afectada por diferencias sociales que conocía bien. En la época que vivió en Deptford y en Lewisham, dos de las barriadas más pobres de Londres, con niños pequeños y poco dinero, tuvo ocasión de darse cuenta de que a su alrededor, y muy cerca, había familias que vivían todavía peor.

Y es en este capítulo donde se ve claramente el motivo de que el libro esté dedicado a los maestros.⁽³⁶⁾ E. Nesbit comprende que esos niños pobres, por no tener, no tienen ni sitio en su casa para construir estas ciudades de fantasía, y el único lugar en

(35) Es curioso que Humphrey Carpenter comente sobre «the unhappy domesticity of those celebrators of domestic bliss, Alcott, Nesbit and Hodgson-Burnett» como contraponiendo su desgraciada vida privada a sus descripciones literarias de las dulzuras del hogar. (Carpenter, H., *Secret Gardens: the Golden Age of Children's Literature*, London, Allen & Unwin, 1985).

donde pueden hacerlo es el colegio, con la ayuda de sus maestros, de esos maestros abnegados y animosos, que se ven obligados a hacer verdaderos alardes de imaginación con los pocos materiales que tienen a mano. Y que no pueden contar con lo que los niños pueden traer, que será prácticamente nada.

Por eso, aunque empieza hablando de piezas de ajedrez como materiales:

... there is nothing like chessmen for
giving an air of elegance to domes and
minarets...

enseguida se da cuenta de que muchos de estos niños no habrán visto un ajedrez en su vida, y recoge velas rápidamente: si no tiene a mano figuras de ajedrez, no importa. Las pinzas de tender la ropa sirven igual.

El resto de los materiales son los que ella sabe que hay siempre en las casas pobres: cajas de cartón, botes de lata, tapaderas de teteras, tazas sin asas, cuencos desportillados, etc...

Pero lo verdaderamente enternecedor de este capítulo es ir leyendo todo el tiempo entre líneas el interés de E. Nesbit por transmitir al niño pobre todo su entusiasmo, toda su confianza en que el palacio que va a construir, con materiales bañados de ilusión, le va a quedar tan bonito como el del niño rico.

El último capítulo de la segunda parte, que se llama precisamente «The End», es una verdadera utopía, parecida a la que describe en la página 225 de «The Story of the Amulet». Parte de la base de que cada niño es un mundo, y por eso la educación debe ser siempre individualizada. Insiste mucho en la idea de que las escuelas están pensadas para educar y no hacen más que enseñar. Para esa educación individualizada, es indispensable que las clases sean de pocos alumnos, porque una clase de sesenta o setenta niños es algo así como una máquina donde cada niño no será más que una pieza, y mientras que las posibilidades del ser humano son infinitas, las de un tornillo o una tuerca son muy limitadas.

Pide vacaciones más largas: los niños necesitan hacer acopio de felicidad en las

(36) «To teachers of the Public Elementary Schools of Great Britain as a small token of a great admiration for their high courage, their steadfast perseverance, and their unfailing patience, love and service, I dedicate this book».

épocas en que no tienen clases, y sus maestros, también.⁽³⁷⁾ Pide que el Gobierno se gaste más dinero en escuelas, porque así, a la larga, tendrá que gastarse menos en cárceles:

Schools are cheaper than prisons⁽³⁸⁾

Pide (aunque esta petición no se sabe muy bien a quien va dirigida) que la riqueza del mundo esté distribuída de manera que todos los niños puedan tener acceso a una educación de primera clase.

Y a un reparto equitativo de felicidad (que no de dinero, del que siempre estuvo escasa) fue a lo que E. Nesbit dedicó su obra, y su vida.

(37) Gianni Rodari dice en su libro «Gramática de la fantasía», pg. 25, que la idea de que la educación de la mente tiene que ser algo tétrico y antipático es una cosa muy difícil de combatir. Y lo dice en 1979, de modo que no parece que hayamos avanzado mucho.

No resisto la tentación de copiar aquí una cita que, en este mismo libro, hace Gianini Rodari de Giacomo Leopardí, en su «Zibaldone»:

«La edad más bella y afortunada del hombre es la infancia, pero está atormentada de mil formas distintas, con mil angustias y temores y fatigas, debidos a la educación y a la instrucción, hasta el extremo de que el hombre adulto, incluso en medio de la infelicidad... no aceptaría volver a ser niño y sufrir lo mismo que ha sufrido durante la infancia».⁽¹⁸²³⁾

(38) Wings, pg. 195.